

Desde luego, yo no creo que haya en la poesía de Teillier una crisis insoslayable. *Los dominios perdidos* (homenaje a Alain Fournier) y *Señales*, además de los últimos poemas citados, me parecen creaciones genuinas y valiosas, que no desmerecen de los mejores instantes de su obra precedente. Y porque todos reconocemos en Teillier a un poeta dotado de grandes cualidades (la nueva lectura de sus libros me ha reafirmado en mis opiniones, vertidas con entusiasmo en otros trabajos críticos), estimo oportuno poner de manifiesto la impresión de debilidad, de indiscriminada repetición de elementos, que ofrecen algunos de sus textos actuales, como si ahora, por precipitación o por arrogancia, hubiera querido trabajar con residuos de la experiencia de su pasado, tan notablemente expresada en *Para ángeles y gorriones*, *El cielo cae con las hojas* y la mayor parte de *El árbol de la memoria*.

PEDRO LASTRA

LUIS OYARZÚN. ALREDEDOR. (*Colección El Viento en la Llama*, 1963).

El naturalista Tadeus Peregrinus Hanke observaba hace muchos años que en Chile era muy difícil no transformarse en botánico, dada la belleza y abundancia de la flora. Tal observación parece seguir vigente en estos días. Al recorrer *Alrededor*, el último libro de Luis Oyarzún, nos encontramos a cada paso con una maravillada admiración hacia las begonias, glicinas, violetas, Don Diego... y también por los árboles: avellano, litre, naranjo, roble. Y siempre los vocablos esenciales, que definen a un poeta de la naturaleza: sol, pan, agua, fuego. Porque Luis Oyarzún, aunque hombre de la ciudad, parece saber —como asegura Julien Gracq en "Un beau tenebreux"— que al fin serán los árboles los que prevalecerán contra las ciudades. De ahí tal vez que su poesía sea esencialmente eglógica, que trate de los trabajos de la tierra, ese orden constante de estaciones en oposición al caos (aparente, por cierto) de la vida urbana. Pero no es una poesía al estilo de aquella de los poetas bucólicos de mediados del siglo XVIII español que en sus cerrados gabinetes hallaban olor a tomillo sólo en los poemas de Meléndez Valdés, porque en Luis Oyarzún, hombre que ha recorrido los caminos del país, niño de infancia rural, hay una compenetración constante con el paisaje, una captación del ritmo cósmico, notable sobre todo en la segunda parte del libro (para nuestro gusto, la mejor). En ella el poeta se sitúa fuera de sí mismo, se hace parte —con todo su aporte cultural— del paisaje, se transforma en un habitante de ese sur mágico al cual Miguel Serrano ha llamado la sede del espíritu del Nuevo Mundo. Señalemos en especial los poemas "Huso", "Anchimalguén" y "Ensalmos", en el cual el "yo" pasa a transformarse en el fraternal "nosotros":

*Sentados bajo el barco de madera
que cuelga sobre el fuego de la casa,
bendigamos el pan de los abuelos.*

*El buque trae almas errantes y venados
de la erizada oscuridad del Sur
que el huracán revuelca entre las islas.*

Curiosamente hemos visto que la crítica ha pasado de largo sobre este pequeño libro, uno de los mejores aparecidos en la última temporada. Y notamos que sobre Luis Oyarzún existe un consenso casi general y equivocado de considerarlo un poeta culto y puro, de espíritu refinado y equilibrado, confundiendo (equivoco frecuente en nuestro medio) al autor con su obra. Pues nosotros vemos en Luis Oyarzún un poeta que precisamente logra tensión y fuerza cuando olvida su condición consciente de hombre culto, cuando olvida la elocuencia barroca a la que suele ser proclive, e incluso a la facilidad de versificar, y nos entrega "desde adentro" una nueva realidad, sin comentarios anexos. Como tal consideramos por ejemplo, la exclamación final de un verso por demás bello:

*El roble refulgente del establo,
los naranjos al sol, ¡perfección suma!*

O cuando como en "Optar" no se hace poesía de iluminación, sino de explicación, demasiado racional:

*Respirar, no pensar,
Estar sin ser,
Ser sin estar,
Ser la pluma y la piedra.*

Luis Oyarzún lleva ya una trayectoria poética de más de veinte años. Con seguridad va ampliando su órbita poética y logrando una dicción concorde con ella, en un acto de amor hacia la palabra y la naturaleza, realizado sin espectacularidad, con seguridad y paciencia.

JORGE TEILLIER.

LUISA JOHNSON. HORARIO DE UN CARACOL (Colección *El viento en la Llama*, 48 págs., 1963).

En la poesía chilena de la última década viene haciéndose cada vez más notoria una tendencia que alguna vez alguien bautizó como "cotidianista", y que también podríamos llamar de "poesía coloquial". Prima en ella una actitud de destacar los simples acaceres de la vida cotidiana, sin mayor énfasis, en una actitud de cronista que registra su diario de vida poética sin desdeñar las palabras más simples y los más mínimos materiales. Contrapunto necesario, creemos, a una poesía demasiado enfática y oscura, que estaba alejando al poeta del lector, y que en la mayoría de los casos no era oscura por exceso de iluminación